

Bucaramanga, 15 de diciembre de 2016

*“Todo termina en la muerte. ¡Yo paso a la eternidad!”.*  
(Pensamientos, n. 22)

Queridas hermanas y queridos miembros de MFA.:

Con el transcurso del año volvemos a acercarnos al aniversario de la muerte de Madre Alberta. En muchos de sus escritos descubrimos que tenía muy presente en su vida el hecho de que caminaba hacia el encuentro con el Señor. Sabemos que vivió con la mirada puesta en el Cielo, que relativizaba las cosas y los acontecimientos y les daba su justo valor, tal como se verán desde la otra orilla.

Fue tan consciente de que esta vida tendría su plenitud en el más allá, que invocaba a la Virgen diciéndole: *“Sed mi Madre por toda la eternidad”* (Pensamientos, n. 306). Bajo su protección había empezado su camino y su obra, y, con infinita confianza, la dejaría en sus manos al terminar su paso por este mundo.

Construyó su vida, como nos dice el Evangelio, sobre roca. Y su roca fue Jesús. Nos decía: *“Nada hay verdaderamente grande y permanente fuera del bien”* (Pensamientos, n. 545). ¡Qué claro tenía que solo permanece el bien que hacemos! Por ello trató de hacerlo de todas las maneras posibles a las Hermanas, a las alumnas, a las familias, a toda persona que se encontró en su camino.

No buscó nunca su interés personal; antepuso al suyo propio el bienestar de su familia: de sus padres, de su marido, de sus hijos, y, cuando pasó a vivir en comunidad, de sus hermanas. El Señor bendijo su vida entregada y la hizo fructificar. *“No pensemos en nosotras”* (Cartas, n. 83); esta expresión nos muestra que buscó su realización personal en hacer el bien, dando prioridad a los planes de Dios *“que solo nos da lo que nos conviene”* (Pensamientos, n. 72).

Hizo la vida agradable a su alrededor. *“No dejar disgustado a nadie”* (Cartas, n. 358), decía. Ojalá en nuestra vida diaria, de comunidad o de familia, nos decidiéramos a llevarlo a cabo y se haría realidad el deseo que ella expresaba: *“Uno el cielo con la tierra, y hago de la tierra un cielo”* (Pensamientos, n. 412).

Porque vivió de esta manera, el 21 de diciembre de 1922, pudo entregar con serenidad su vida a Dios.

Al estar escribiendo esta carta en el avión que nos conduce a Bogotá, aquí, donde el panorama es totalmente diferente que a ras de tierra, pensando que la Madre nos contempla desde el Cielo; me pregunto y os pregunto: ¿cómo nos estará mirando? ¿se sentirá contenta de la obra que inició y que ha dejado en nuestras manos para continuarla? Desde la luz de Dios en la que habita, ¿qué nos diría? ¿a qué nos empujaría?

Sin duda ninguna, las cosas y los acontecimientos se ven de otra manera desde el Señor, con una perspectiva más amplia, más universal. En este tiempo de Adviento, tiempo de esperanza, pidámosle a Madre Alberta que nos enseñe a vivir entregados a la misión que nos ha dejado. Que nuestros problemas de la vida diaria no nos ahoguen. Que nos centremos en el Señor y, desde Él, miremos como está mirando ya la Madre.

Su promesa de que seguiría cuidando desde el Cielo a su Instituto, nos anime y nos de valor y fuerza para vivir nuestra fe y hacer el bien, que es aquello que permanecerá para siempre.

Oremos de manera especial por la RD Congo y por Venezuela, que en ambos países se encuentre una solución política pacífica y que puedan vivir sus habitantes en paz y con dignidad. Pongamos a nuestras hermanas y miembros de MFA en las manos de Nuestra Madre de la Pureza, para que los cuide y les haga testigos de la bondad de Dios en las situaciones difíciles que están viviendo.

Al acercarnos a la celebración del Nacimiento de Jesús, pido a la Virgen que, a pesar de la distancia, todos los que participamos del carisma de la Pureza, nos encontremos ante en el pesebre y podamos asombrarnos y adorar juntos el Misterio de Dios hecho niño.

¡Feliz Navidad a todos!

Contad con mi oración por cada una de las comunidades y de las familias, un fuerte abrazo,



H. Emilia González García  
Superiora General